

# PINOCHO

AÑO. IV  
NUM. 161

25 cts

18 MARZO  
1928



- Comprate  
Pinocho*
- ¿QUÉ HAS HECHO DE LA PANDILLA?
  - ¡HE TENIDO QUE DESPRECIARLOS!
  - ¿POR QUÉ?
  - ¡PORQUE SE HAN IDO TODOS Y ME HAN DEJADO SOLO!

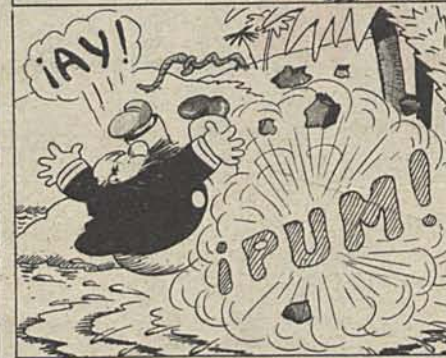


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# LOS PESCADORES DE LA BRETAÑA

## CUENTO POR EMILIO SALGARÍ

(Conclusión.)

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre Ricardo! —exclamaba—  
¡Dios sabe si volveremos a ver más nuestra aldea!

En aquel momento, incorporóse Ricardo, fijando en su padre los ojos extraviados.

—¡Dame de beber!... ¡quiero beber! —gritó.

—¿Qué quieres que te de, hijo de mi alma? —preguntó Bauchet, sintiendo que el corazón se le abría dentro del pecho.

—¡Sí... tienes agua!...

—¿Dónde?

—Allí, a popa... en la barrica...

—¿En la barrica? Deliras, hijo, ya no queda nada.

—¡Sí, sí que hay!...

¡Mamá, mamá!... ¡Dame de beber!...

Al cabo, se desplomó sobre sus rodillas, y comenzó a rezar con fervor para levantarse después y lanzar frases sin sentido al viento que le azotaba la cara y a las olas que lamían los bordes de la lancha. Por último, agotado, volvió a sumirse en un profundo abatimiento.

—¡Agua! ¡Agua! —repetía.

Bauchet había vuelto a la dura tarea. Las olas eran cada vez más altas y más impetuosas, y empujaban la lancha en todos sentidos, caprichosamente.

¿Adónde iban aquellos miseros, hundidos siempre en aquellas sombras que los envolvían, sin dar señales de abandonarlos? Dios sólo podía saberlo.

Debían de estar muy lejos del banco de Terranova, pues, de otro modo, al amanecer hubieran seguido oyendo el tronar del cañón de aviso del crucero.

Ya era mediodía cuando, después de un sueño reparador, Ricardo volvió en sí.

—Padre —interrogó,— ¿dónde estamos?

—No tengo idea —respondió el pescador.

—¿Estará lejos el banco?

—Ya no hay que pensar en eso. Las olas y el

viento nos deben de haber empujado a alta mar.

—¿Entonces estamos condenados a perecer?

—Acaso encontremos algún buque; y además, me parece que la niebla da señales de abrir. ¡Mira, mira como se ensancha el horizonte!

—¡Tengo hambre, padre!

—Aquí hay bacalao.

Ricardo agarró ansiosamente un pescado, y venciendo la repugnancia que le inspiraba aquella carne cruda y nada gustosa, engulló algunos bocados. Bauchet le imitaba, deseoso de conservar sus fuerzas.

Calmada el hambre, reanudaron la guardia. El mar se extendía sin límites ante ellos, pues la niebla habíase corrido hacia el Norte.

¿Dónde se hallaban?

¿Cuál habría sido su rumbo durante aquellas larguísimas horas? ¿Estaban cerca del banco y de las playas de Terranova, o, por el contrario, se habrían alejado mucho?

Ya no les quedaba más esperanza que la de ver algún barco que desde Europa regresara a los establecimientos franceses e ingleses de la isla. Pero en vano escrutaban el horizonte infinito. No veían otra cosa que olas y más olas, y algún pájaro marino que, lejos de acercarse, huía como si tuviese miedo de aquellos desgraciados, perdidos en el inmenso océano.

Pasó otro día, y otra noche después.

El delirio hizo presa de nuevo en el muchacho,

a consecuencia de los continuos terrores, del frío y, sobre todo, de la sed que le atormentaba.

Varias veces había intentado arrojarle al agua, creyéndola dulce; pero el acongojado padre pudo contenerlo, no sin dificultad.

Y mientras tanto, su situación se agravaba cada vez más y el océano no daba signos de calmarse. El cielo parecía de plomo, el frío seguía siendo intenso y las olas sacudían sin tregua la frágil lancha.







El pobre pescador notaba que también su razón se extraviaba.

La noche del tercer día, Bauchet ya no pudo más, y, vencido por los sufrimientos y por el sueño, también él se amodorró, acurrucado junto al banco de popa.

Llevaba ya varias horas durmiendo, mientras la lancha flotaba entre la niebla, que otra vez había envuelto a los dos abandonados, cuando el pescador creyó oír un fragor que no parecía ser causado por las olas.

Ocurriósele de pronto que pudiera ser el ruido de un buque al aproximarse, y, saltando sobre sus piernas, miró alrededor.

No se podía distinguir nada, porque la niebla era espesísima; pero aquel ruido era cada vez más perceptible.

De repente, le pareció ver pasar una masa negra a escasa distancia, y la lancha bamboleó violentamente sobre las olas.

Lanzó un grito desesperado, y luego, vencido por una debilidad repentina, cayó como muerto en el fondo de la barca.

.....  
Cuando volvió en sí, ya no se encontraba en la lancha. Estaba acostado en una cómoda litera, a la luz de una lámpara eléctrica.

Creía soñar, e hizo ademán de tirarse al suelo, cuando una voz le dijo en correcto francés.

—Tranquilizaos, buen hombre. Estáis entre amigos.

Un oficial de larga barba negra acababa de entrar en la cabina trayendo un ponche llameante.

—¿Dónde estoy? —preguntó Bauchet, estupefacto al no verse ya en medio del océano.

—A bordo del *Ródano*, un barco francés que se dirige a Burdeos.

—¿Cuándo me habéis recogido, señores?

—Ayer noche, entre once y doce. Ya habíamos pasado junto a vuestra lancha sin descubrirlos, cuando oímos gritar.

—¿Y mi hijo? —preguntó Bauchet con angustia.

—¡Ah! —exclamó el oficial, — ¿Es hijo vuestro ese muchacho? No os inquietéis por él; está tan bueno como vos, y mañana lo veréis. El pequeño es fuerte y algún día llegará a ser un excelente marinero.

Al siguiente día, padre e hijo, ya repuestos, paseaban juntos por la cubierta del *Ródano*, recibiendo los parabienes de la arrojada tripulación, satisfecha de haber arrancado de una muerte más que segura a sus dos camaradas.

Quince días después, el *Ródano* largaba el ancla en Burdeos.

El capitán y sus marineros hicieron una colecta que produjo 160 francos, suma más que suficiente para llegar a Fécamp.

A la mañana siguiente, Bauchet y su hijo, emocionadísimos, embarcáronse en un pesquero que regresaba a la Bretaña.

En el instante mismo en que su barco entraba en el pequeño puerto de Fécamp, Bauchet vió una infinidad de velas que embocaban la Mancha, precedidas de un crucero que disparaba cañonazos de vez en cuando.

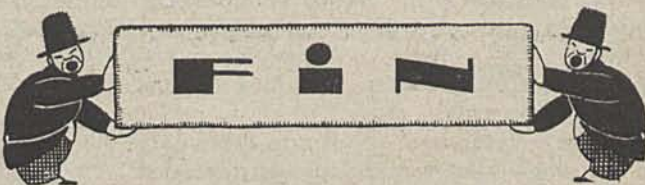
Era la flotilla de los pescadores de bacalao, que volvía a sus puertos después de una feliz travesía.

Bauchet recibió su parte de pesca, en forma de dos billetes de mil, y el capitán de la *Josefina* le condonó la pérdida de los sedales.

Hoy día, Bauchet, propietario de una pequeña barca de pesca, bate únicamente las aguas inquietas de la Mancha, donde la pesca es también abundante, en compañía de su segundo

hijo, que se ha convertido en uno de los más intrépidos pescadores de la Bretaña.

En cuanto a Ricardo, sigue con sus travesías del Atlántico. El es uno de aquellos marineros de quienes puede decirse que, a flote o a pique, siempre estará ya con el mar.





# DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO







# EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación)

—Son *bushrangers*.

—¡Son bandidos!... ¡Dios bendito!

El oficial echó a reír ante la exclamación del desconocido, que debía ser uno de aquellos pobres indígenas que viven miserablemente de los productos del mar en cabañas solitarias, y volviéndose hacia los que le seguían, les dijo:

—Señores. Podemos estar seguros de que hemos dado con los que buscábamos; ¿verdad, señor almirante?

—Sí —contestó el interrogado.

—En tal caso, empecemos en seguida el cerco de la escollera y procedamos al asalto. Es de suponer que los *bushrangers* se defenderán encarnizadamente en esta fortaleza natural. ¡Soldados! Echad pie a tierra y formad en guerrilla; espero que cada cual sabrá cumplir con su deber. ¡Adelante!

El jefe de la banda no quiso oír ni una palabra más, y se marchó rápidamente hacia la playa. Estaba pálido y consternado, pero decidido.

—¡En guardia! —dijo apenas llegó junto a los suyos.— Vamos a ser atacados

—¿Por quién? —preguntó sir Baker, acercándose.

—¿Qué le importa? —contestó ásperamente el jefe de la banda.

—Me importa muchísimo

—¡Ah, ya lo entiendo, para quedarse libre sin tener que pagar rescate!

—Todo lo contrario.

—¿Qué dice?

—La verdad, que no quiero caer en manos de la policía.

—¿Por qué?

Porque no.

—¿Qué motivos tiene para temerla?

—Es mi secreto.

—¿Ha cometido algún delito?

—¡Quién sabe!

—¿Entonces, quién sois?

—Uno que... ¡Chitón, mirad hacia el mar!...

El jefe de la banda miró.

En el espejo oscuro y tranquilo del océano brillaban los tres faroles de un vapor: el blanco en lo alto, el verde y el rojo, más bajos, en los costados.

—Allí está nuestra salvación. Seguidme.

Apenas sir Baker había proferido estas palabras cuando una voz imperativa gritó:

—¡*Bushrangers*, en nombre de la ley, rendíos!

Era demasiado tarde; ya no era posible la retirada.

—¡Fuego! —gritó el jefe de la banda, poniéndose en pie y disparando su fusil.

Otros ocho disparos le siguieron entre gritos de dolor y de cólera e inmediatamente estalló un nutrido fuego de fusilería, iluminando con un breve y continuo relampagueo las masas negruzcas de las rocas, tras de las cuales se ocultaban bien protegidos los *bushrangers*, mientras los proyectiles volaban en torno, estrellándose contra las piedras o partiéndolas.

Sir Baker había vuelto al lado de Maud y su padre, que

más muerto que vivo se apretaba la cabeza entre las manos, murmurando:

—¡Virgen santísima, en que avispero nos hemos metido con este viaje!...

La audaz muchacha mostrábase en cambio tranquila y dispuesta a cualquier evento.

Sonreía tristemente al silbido de las balas que le pasaban cerca, procurando estar detrás de las rocas para no ser herida.

—Miss —le dijo de repente sir Baker.— ¿Se ha fijado en aquellos tres faroles?

—Sí.

—Indican la presencia de un barco.

—Ya lo sé.

—Me parece que debe ser el yate de Jones.

—¿Tenía que reunirse con nosotros aquí?

—Sí, miss.

—Si así es, nos hará alguna señal.

—Seguramente.

—¿Qué señal?

—Pregúnteselo a su padre, porque yo la ignoro...

La señorita Campbell se volvió al señor Touchet con gesto interrogante.

—Sí, hija mía —contestó el ex director, agachando la cabeza por miedo a los tiros.— La señal es... Ya está.

Sonó un cañonazo, mientras un resplandor de todos colores cruzaba velozmente el espacio, iluminando el yate ya parado junto a la orilla y una gran canoa que se apartaba de babor.

La lucha entre los *bushrangers* armados de excelentes fusiles de repetición y los soldados del gobierno se había ido haciendo cada vez más encarnizada y más intensa, debido a la desesperación de los primeros y al ardor de los segundos, ansiosos de apoderarse de aquellos intrépidos bandidos.

La situación de los tres prisioneros a causa de lo nutrido del fuego se hacía muy peligrosa.

Entonces sir Baker tomó una resolución, cogió por un brazo a la joven y le dijo:

—¡Venga, es preciso huir cuanto antes!

Maud se puso en pie; dejándose llevar dócilmente, seguida de su padre; pero de repente se detuvo atónita.

Había oído un nombre pronunciado por una voz conocida llena de ansiedad en medio del furioso estruendo de la lucha que tocaba a su fin.

—No se detenga —dijo sir Baker con los dientes apretados, tirando de Maud.— Si se para le alcanzará alguna bala.

La señorita Campbell, creyendo que aquella voz era pura alucinación de su fantasía quebrantada por tantos sucesos, abandonóse sin resistencia a su guía.

Llegaron a la playa. La canoa sólo estaba a una docena de metros y acercábase cada vez más rápidamente.

De pronto, estallaron grandes gritos de triunfo y el fuego de fusilería cesó por completo: los *bushrangers* habían sido vencidos, aniquilados, ¡qué venganza más sangrienta!...

Después se hizo el silencio y una voz joven y fuerte gritó con acento de angustia:



—¡Maud! ¡Maud mía! ¿Dónde estás?

Una doble exclamación contestóle desde la playa.

—¡Cipriano, mi novio! —gritó la señorita Campbell.

—¡El teniente Bunnet! —gritó el ex director.

—¡Maud, señor Touchet! —gritó de nuevo la voz juvenil. — ¡Vuelvan atrás! ¡Les engañan!... sir Baker es el infame deportado de Nou, es Rodolfo de Barenval, el ladrón del torpedero!...

Oyóse un rugido de fiera herida.

—¡Maldición! —exclamó sir Baker, cogiendo a miss Campbell en los brazos y saltando al agua. — Si, yo soy Rodolfo de Barenval, pero habéis llegado demasiado tarde... ¡Jones, pronto, ven!

La canoa estaba ya a su alcance. Entregar a Jones la joven desmayada, saltar a bordo y lanzar el bote más afuera fué cosa de un segundo para el terrible capitán.

Wilson, el teniente, Chicottry, Sudharah y unos soldados, que bajaron a la playa, no encontraron mas que al señor Touchet, que se arrancaba los pelos, llorando desesperadamente.

Al verlo todo perdido, el almirante tuvo una terrible idea. Volvióse a los soldados americanos, que presenciaban desde lo alto de las rocas aquella escena emocionante, y con la voz noble, fiera y potente del hombre acostumbrado a mandar, les gritó:

—¡Soldados, en nombre de la humanidad, fuego contra la canoa!

Los bravos muchachos apuntaron, pero no se atrevieron a disparar por miedo de herir a Maud.

—¡Fuego! —gritó de nuevo, fieramente, Wilson. — ¡Más vale que muera que si tiene que quedar en manos de aquellos miserables! ¡Fuego! Os juro por mi honor que tengo el derecho de mandarlo, porque miss Campbell es...

Su voz fué apagada por una fuerte descarga, a la que respondió un grito de angustia.

Alguien de la canoa había sido herido, ¿pero quién?

Hubo un momento de silencio profundo; después, la voz de Guillermo Jones, ya lejana, gritó con fuerza:

—Almirante Wilson, rogad a Dios que el capitán Rodolfo de Barenval no se muera, porque su muerte sería cruelmente pagada por...

Las demás palabras perdiéronse en la lontananza.

Media hora después no se veía del yate, en el océano, más que tres puntos luminosos, que se desvanecían rápidamente en la obscuridad.

## VII

*La isla de los Salvajes. — Cómo volvieron a la vida Barenval y Maud. — El engaño. — Los dos protagonistas frente a frente. — Extraña actitud de Barenval. — Cómo y por qué fué descubierta la isla de los Salvajes. — La gran noticia de Collap. — La empresa de Maurical. — La mujer misteriosa. — Dos gritos sublimes. — Un cañonazo.*

Quince días habían transcurrido desde los dramáticos sucesos que hemos descrito en el capítulo anterior.

Dos barcos anclados en las tranquilas aguas de la bahía de Miné, situada en la parte occidental de la isla de los Salvajes, estaban embarcando, por medio de pequeños cestos de junco, una gran cantidad de carbón, que, numerosas canoas y piraguas indias transportaban desde unos grandes almacenes, levantados en la costa, ocultos por el bosque.

La superficie del agua, plana como un espejo, recubrióse de grandes manchas negruzcas, que se iban uniendo unas a otras hasta formar una patina sutil que brillaba acá y acullá a los rayos del sol.

La bahía de aquella isla perdida en el archipiélago de la Polinesia es, para quien lo ignora, una hermosa y amplia ensenada natural en el fondo, de la que la costa desciende suavemente en una playa de arena, coronada más allá de

un semicírculo de bosques frondosos y ricos en árboles apreciados por su madera y sus frutos.

Al Sur, un largo brazo de tierra avanza hacia el mar, doblandose en forma de codo, formando de este modo un puerto de los más seguros.

Por el otro lado la bahía está cerrada por un islote montañoso, separado de tierra por estrecho canal, probablemente no navegable, y que sólo se ve desde el interior de la bahía.

Los dos buques que aquel día estaban inmóviles, dedicados a la operación antes citada, eran un torpedero de alta mar sin bandera alguna que indicase su nacionalidad, y un magnífico yate que llevaba, en cambio, en la popa una rica y extraña bandera, que nuestros benévolos lectores habrían reconocido en seguida como la descrita por nosotros en el puerto de San Francisco de California.

La calma del mar era la más hermosa que se pudiese desear; el océano extendíase en torno de la isla, azul y sereno como el cielo que reflejaba, y si en Miné hubiese habido una torre con un reloj, habría señalado en aquel momento las cuatro de la tarde.

A bordo de los dos barcos trabajábase febril y alegremente, con la disciplinada actividad que sólo se observa en los barcos de guerra, donde todo obedece a una regla severísima, cuando de pronto fué suspendido para dar lugar a un largo y clamoroso estallido de entusiastas aclamaciones.

En el puente de mando había aparecido un hombre de elevada estatura, guapo y pálido, insinuando una sonrisa que ocultaba malamente una sombra de tristeza.

Diversos gritos le saludaron.

—¡Viva el capitán Rodolfo de Barenval! —gritaban las dos tripulaciones, agitando las gorras.

—¡Viva el almirante!... ¡Viva el nuevo soberano de Tomini!... ¡Viva el señor del mar, Barenval-rajá!

Y así sucesivamente.

Un repentino calor enrojeció el rostro del fugitivo de Nou, que apoyando la mano en la borda, casi para poderse sostener, quitóse la gorra y saludó; después hizo un repetido gesto de calma.

El vocerío cesó de repente y el trabajo fué reanudado con mayor energía.

Entonces un joven marino se acercó a Barenval y le saludó militarmente.

—¿Eres tú Jones? —le dijo el capitán, tendiéndole la mano.

—Sí, mi comandante.

—¿Sabes que te he nombrado mi ayudante?

—¡Qué buenos sois, señor!

—Quisiera ser tan bueno contigo como tú has sido leal conmigo.

—Señor...

—Quiero que hoy mismo te posesiones del nuevo cargo.

—Muchas, muchísimas gracias.

—¿Estás contento?

—Sería un ingrato si no lo estuviera... ¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien.

—¿Y la herida?

—Gracias a tus curaciones, empieza a no molestarme.

—Dos o tres días más y estará curado por completo.

—¡Dios lo haga!... ¿Y la señorita Maud?

—Como siempre.

—¡Ah!...

Rodolfo de Barenval se calló, cayendo en una profunda meditación.

En tanto que nuestro principal protagonista reflexiona, veamos lo que había sucedido desde el día, o mejor dicho desde la noche trágica en que lo dejamos, mientras los soldados americanos, por orden del almirante, dispararon contra la canoa que le transportaba.

(Continuará en el número próximo.)



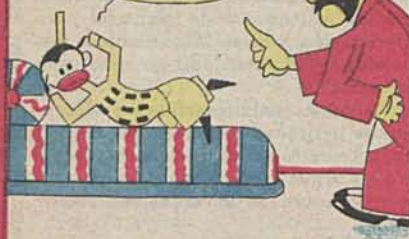


# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



OYE, CURRINCHE. SI TE CREEES QUE VOY A ESTAR MANTENIENDO VAGOS, ESTÁS PERO QUE MUY EQUIVOCADO. YA PUEDES DEJAR ESA POSTURITA DE ODALISCA Y PONERTE A TRABAJAR

PUES SI QUE VIENE USTED HOY BUENO.



ESTO SE ACABÓ, YO TE BUSCARÉ UNA COLOCACION DECENTITA Y A TRABAJAR ESTOY YA HARTO DE QUE VIVAS A LA SOPA BOBA

MÁS HARTO DE SOPAS ESTOY YO Y NO DIGO NADA.



EN LOS ALMACENES DE MUEBLES REQUES' SON Y COMPAÑIA FALTA UN CHICO PARABOTONES. NI UNA PALABRA MÁS, CURRINCHE

MÁS LE VALÍA COMPRARME UN BOTE DE MERMELADA.



¿HAS VISTO? NO HEMOS HECHO MÁS QUE ABRIR EL PERIÓDICO Y ¡ZAS! UNA COLOCACIÓN ESO ES SUERTE

SI, SI; ES LA SUERTE PERRA QUE YO TENGO.



SI SEÑOR, SI; ME GUSTA EL BOTONES

ENTONCES QUE SE QUEDE YA AQUI Y NO ME LO MANDE A CASA HASTA QUE SEA UN HOMBRECITO



¡QUE INJUSTICIAS HAY EN LA TIERRA! MIENTRAS UNOS TRABAJAMOS COMO NEGROS ESTAS NIÑAS GÓTICAS SE PASAN LA VIDA DESCANSANDO COMO FIERAS



OIGA, SEÑOR REQUES' SON; ENVIEME UN SOFÁ QUE SEA BIEN CÓMODO.

¿LO QUIERE ESTILO LUIS XV?

LO PREFIERO MÁS MODERNO, UN LUIS VEINTISIETE O COSA ASI. Y MÁNDEME TAMBIEN DOS MUÑECITOS DE TRAPO



YO HE PASADO LA VIDA EN UN SUEÑO



¡PERO CURRINCHE! ¿QUÉ ES ESTO? ¿NO TE HE COLOCADO DE BOTONES?

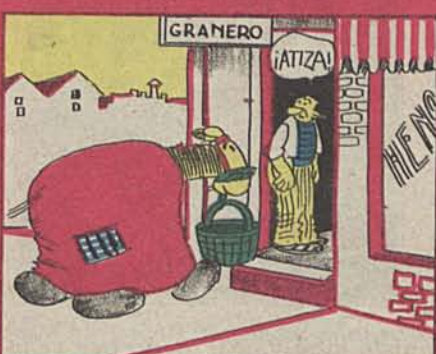
SI, SI; PERO AHORA ME HE COLOCADO YO Y ESTOY MUCHO MEJOR.







# DESDECHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO





# CUENTOS DE CALLEJA

## CONSECUENCIAS DE LA IRA

Castillo

**L**UCIANO había obtenido de su padre que le cediese para cultivarla él mismo una parte del jardín, y gozaba tanto con semejante ocupación, que a ella dedicaba todo el tiempo que le permitían sus estudios. Una tarde de primavera, al terminar en el jardín una labor que había emprendido con entusiasmo, se sentó sobre la hierba muy satisfecho de su obra.

La paz de la hora, el silencio del campo, el rumoroso halago de la brisa blanda y la canción del riachuelo vecino, convidaban a la serenidad y al reposo. Pero el muchacho, ufano de su labor, no atendía sino a contemplarla con absorto orgullo.

De pronto vió asomar una gallina que lo pisoteaba todo a su paso, y creyendo que el animalito iba a estropearle el sembrado y las flores, sintió arder la furia de su carácter colérico; cogió un palo y quiso golpearla; pero el ave huyó cacareando, como si dijera: «No me cogerás.» Aún más irritado Luciano, metióse por los sembrados detrás de la gallina, estropeándolo todo y sin poderla alcanzar. Cuando ya la creía en su poder, convirtiéndose la gallina en un tremendo lobo, que, abriendo la boca, mostró unos dientes amenazadores. Luciano quedó atónito y paralizado.

—Tú eres valiente con una gallina —dijo el lobo—; pero con un lobo eres más cobarde que una rata. Vamos, hombre, ¿adónde se te ha ido todo aquel coraje?

El estupor de Luciano iba cada vez en aumento y no acertaba a pronunciar palabra. También la boca del lobo aumentaba cada vez más, hasta que por fin, ya como la de un cocodrilo, se tragó al infeliz muchacho, ¡Qué oscuro estaba aquello! Como boca de lobo. Y Luciano, más muerto que vivo, se acomodó como pudo en un sofá que encontró en el estómago del animal. A

poco sintió cómo corría la fiera. Debió correr con una velocidad muy grande, porque en pocos minutos fué transportado a un lugar muy distante y completamente desconocido para él. Por fin se detuvo el lobo junto a una casa; sintió Luciano un tremendo empujón en la espalda y salió de la boca del lobo lo mismo que había entrado, sin mancharse ni arrugarse el traje. Y ¿por qué no decir la verdad? Luciano, a pesar del susto, estaba encantado de viajar de un modo tan original.

Transformóse la fiera en un negro con cara de mono, dos soplillos por orejas, y por nariz un fuelle.

—Mocito —dijo—; éste es el asilo de los iracundos, donde reciben su merecido.

De un empujón hízole el negro entrar en la casucha, y apenas hubo penetrado en ella salióle al encuentro una dama vestida de rojo y acompañada de corte numerosa.

—¿Sabes quién soy? —preguntó a Luciano.

—No te he visto en mi vida —dijo éste con mal humor.

—Pues soy la Ira, y mi corte la forman este caballero tan feo, que es el Presidio; este esqueleto de se-

ñora, que es la Muerte, y esta prima mía tan horrorosa, que es la Desdicha. Los demás cortesanos son los Remordimientos, la Intranquilidad, el Malestar y otros cuantos que te iré presentando si te dejas guiar por mí.

—Gracias, no necesito conocer a nadie —exclamó Luciano—; para fea basta tú.

—¿Cómo es eso? —rugió la Ira echando llamas por los ojos—. Dad cien azotazos de los fuertes a este caballero.

En vano se resistió el niño; porque, cogiéndole tres o cuatro negros de mirada torva, le dieron una azotaina de las que encienden el pelo.







Enfurecióse Luciano y redobló la azotaina, hasta que, viéndose perdido, comprendió su yerro y se arrepintió de todo corazón.

—¡Yo seré bueno —decía— y jamás me dejaré arrebatar por la cólera!

Pero la ira no perdona ni se refrena fácilmente, por lo cual continuó la azotaina sin compasión ni miramientos.

Cuando lo dejaron más suave que un guante, lo encerraron en un estrecho calabozo, dándole un pan, un cántaro de agua y un puntapié, diciéndole:

—¡Toma, para que te alimentes!

Cuando Luciano se paró a pensar en lo que le había ocurrido, dijo para sus adentros:

—Lo del pan me explico que me lo den para que me alimente; pero el puntapié, como no sea de postre, no me lo explico.

A media noche se abrió la puerta de su calabozo y entraron los Remordimientos, vestidos de percal barato salpicado de manchas rojas, y después de asaltarle varias veces, dándole fieros pinchazos con un tenedor de los que se emplean para comer ostras, le dejaron rendido de cansancio.

Poco después entró el Presidio, vestido de cabo de vara, y atizóle tres monumentales estacazos.

Luciano al ver los regalos que le traían las visitas, decidió no recibir a nadie y atrancó fuertemente la puerta con un cerrojo.

A la mañana siguiente se oyó un fuerte tirón, y el cerrojo se quebró como si fuese de vidrio; se abrió la puerta y penetraron dos gallos ingleses riñendo con un encono extraordinario.

Un gallo decía a otro:

—Anda, valiente, que te he escupido en la cara, y además te voy a dar dos picotazos en la cresta, para que sepas quién soy yo.

—Eso —decía el otro gallo— se quedará en conversación, porque yo te voy a dar un ale-tazo que no vas a

cantar con afinación en todos los días de tu vida.

Dicho esto, se arremetieron con terrible furia, dándose picotazos, aletadas y patadas por todo su cuerpo. A tanto llegó aquella lucha rabiosa, que los animalitos chorreaban sangre por todas las plumas. Compadecido Luciano, quiso intervenir en la cuestión y ponerlos en paz; mas, apenas lo hubo intentado, se volvieron los gallos contra él, diciéndole:

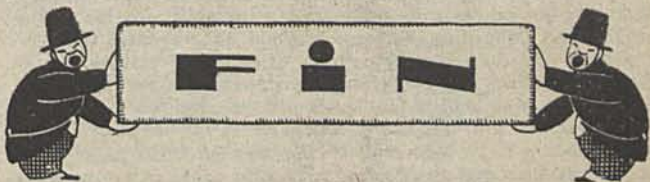
—¿Con qué derecho quieres impedir que nos demos de mamporros hasta quedar fuera de combate? Nosotros, al fin y al cabo, somos unos animales, mientras que tú, que te las das de listo, ayer mismo te peleaste con un compañero tuyo y le pusiste un ojo como una berengena.

—Pero fué porque él me había puesto la zancadilla cuando iba a meter *goal*.

—Poco a poco —dijo un gallo—, que ayer mismo, sin ir más lejos, le soltaste una bofetada a Paquito porque te dijo que tu abuelo era coronel y no general, como decías.

—Verdad es —repuso el niño—; fui un bárbaro y estoy arrepentido de mi violencia; en cuanto vea a Paquito le pediré perdón. No volveré a usar violencia con nadie si no es en defensa propia; y siempre cuidaré de no encolerizarme, porque la ira ciega al hombre y le hace cometer faltas graves, además de revelar muy mala educación.

No bien hubo dicho esto, desaparecieron el Presidio, la Muerte violenta, los Remordimientos y, por último, la Ira, encontrándose el buen Luciano en el propio jardín de su casa, donde quedó dudando si todo ello habría sido un sueño provechoso.







# QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Muy buenos días, curioso Chonón.  
—Buenos días, querido buho. ¿Has visto qué mala suerte tengo?  
—No sé por qué dices eso. ¿Te ha ocurrido algo desagradable?  
—Hombre, te diré: No es agradable perder tres pesetas.  
—¿Dónde las has perdido?  
—En la lotería. Te advierto que yo no juego casi nunca; pero las pocas veces que se me ocurre jugar lo hago animado por un instinto que surge dentro de mí y me dice: «¡Anda! ¡Juega ese numerito, que te va a tocar!» Y yo, tonto de mí, lo compro y me lo guardo en la cartera con la indudable seguridad de que ha de tocarme. Tan seguro estoy de ello, que antes del sorteo no vendería el décimo ni por el doble de su valor, y en cambio, después de leer la lista de los premios, lo vendería por lo que me dieran.  
—Lo peor es que no te darán nada por él, ¿verdad?  
—No sé; nunca he probado. Si quieres te vendo éste que acaba de no salir premiado. Te lo doy por una insignificancia.  
—Gracias, Chonón. Agradezco tu oferta; pero no lo quiero ni regalado. Ya sabes que yo no soy un buho de negocios.  
—Ni yo un niño de suerte.  
—Según a lo que lames suerte. ¿Te falta salud?  
—A Dios gracias, no.  
—¿Tienes inteligencia?  
—A parte modestia, tampoco creo que me falta.  
—Entonces eres injusto contigo mismo. Desprecias lo más interesante de la vida, que es la salud y la inteligencia, y ambicionas lo más secundario: el dinero.  
—Déjate de tonterías, amigo buho. Con dinero se tiene de todo.  
—¿Es que la salud y la inteligencia pueden comprarse con dinero?  
—Desde luego que no. Es cierto que el dinero sin salud...  
—Y sin inteligencia...  
—Tienes razón. Ya ves, amigo buho, tu inteligencia te hace tener razón siempre.  
—Y mi salud me proporciona una claridad de inteligencia, que es la que me permite penetrar en el misterioso «por qué» de las cosas. Y gracias a esto disfrutamos, tú y yo, del encanto de nuestras charlas, en las que tantas y tantas cosas aprendes.  
—Es verdad. No cambiaría yo la salud por el dinero.  
—¿Y la inteligencia?  
—Tampoco. Porque si yo fuese tan torpe que no pudiera darme cuenta del atractivo de lo que nos rodea, de bien poco me iba a servir el dinero. La dicha completa está, pues, en esta trinidad: Salud, inteligencia y dinero.  
—¡Ajajá! Así sería completa la dicha. Pero ten en cuenta que esos tres dones rarísima vez se completan y que cuando están completos no falta un «algo» que lo estropea.  
—Entonces, ¿tú no crees en el factor suerte?  
—Tal como muchos la interpretan, no. Yo creo que la causa de muchos fracasos se debe a esperar todo de la suerte y desconfiar de nosotros mismos. Un sabio llamado Epicteto escribió esta sentencia: «Los necios no esperan nada de sí mismos. Todo daño o provecho lo atribuyen a la suerte o a la desgracia y, por tanto, lo esperan todo de lo que les rodea.» Esta sentencia encierra una lección que todos debemos aprender.  
—Ya lo sé, querido buho; hay que confiar y esperar todo de nosotros mismos.  
—Así es.  
—Otra cosa quiero preguntarte. ¿Tú crees en las supersticiones?  
—¡Ja, ja! Pero hombre, ¿me haces tan ignorante que llegas a creer que yo soy supersticioso? La superstición hay que tomarla a broma, porque no dejan de tener gracia las actitudes, los gestos y las creencias de los que traducen por mal agüero cosas tan inocentes como la rotura de un espejo, la caída de un tintero, el dar vueltas a una silla y otra porción de ocurrencias que en la vida ordinaria no son sino hechos sin trascendencia alguna y en la vida del supersticioso son verdaderas calamidades que anuncian reveses, desgracias y hasta catástrofes. Todo ello es fruto de alucinaciones de cerebros que no se paran a meditar sobre lo que es causa

de sus inquietudes. Al menor estudio que se haga de estas causas desaparece en seguida el fundamento de ellas.

—Pues hay muchas personas que son supersticiosas.

—Esto no es una razón, Chononcito. Ya sabes que la inmensa mayoría de la gente cree que las cosas son de tal o cual manera porque así lo han oído a los demás, pero no porque se hayan detenido a meditar sobre tal creencia.

—Una de las teorías que más abunda entre los supersticiosos es la de considerar al número 13 como un número de mal agüero. ¿De dónde habrá provenido esta fatídica suposición?

—Vete a saber. Dicen algunos que este número es nefasto porque fueron trece los comensales que se reunieron en la última cena a la que asistió el Señor. Pero no pasa de ser una leyenda atribuir a ese número vaticinios de bueno ni de mal agüero.

—También muchos consideran el viernes como día de mala suerte.

Porque el viernes fué el día de la Crucifixión del Redentor. Pero tú no hagas el menor caso de tales supersticiones. Todos los días, aunque no sean viernes, ocurren cosas afortunadas y desgraciadas. También el dicho vulgar reza que «En martes ni te cases ni te embarques», y sin embargo son muchísimos los que se han casado o se han embarcado ese día y no han tenido por qué arrepentirse.

—Y en cambio, muchos que esperaron a otro día...

—Naturalmente. Te citaré un caso que destruye toda creencia supersticiosa. Tin y Ton nacieron un jueves y día 15, y, sin embargo, no creo que haya podido caer sobre el mundo una calamidad mayor. Nada creo que pueda aventajar en desastres a esa tormenta y a ese ciclón.

—¿Será supersticioso el Capitán Corretón?

—No creo que lo sea, porque después de soportar a esas dos hienas es para no tener miedo a nada ni a nadie. Cuando él vea en el almanaque la hoja de un martes y 13 se sonreirá y dirá para su capote: «A esos supersticiosos que creen en las tontunas de días y números aciagos los quisiero yo ver entre las garras de estos dos chacales que atormentan mi vida. Se les acabaría la superstición más que a escape en cuanto vieran que con dos fieras como Tin y Ton, todos los días son martes y todas las fechas son 13».

—Tienes razón, amigo buho, dejaremos que cada uno sea a gusto y medida de su deseo. Pero Chonón no es supersticioso, que conste.

—Pues siento que no lo seas, porque iba a reirme un rato a tu costa. Si llegas a serlo ya hubiese abierto el paraguas a ver qué cara ponías.

—Seguramente la pondría muy mala.

—¿Pero no quedamos en que no eres supersticioso?

—Y no lo soy. Pero es que mi paraguas está roto y cada vez que lo abro me acuerdo de que tengo que comprar otro. Ya ves cómo, sin ser supersticioso, tengo que poner mala cara cada vez que abro el paraguas.

—Exactamente lo mismo me pasa a mí cuando se rompe un espejo. Pienso en que tengo que comprar otro y me hace maldita la gracia.

—Y figúrate si es para ponerse alegre cuando se derrama la tinta y se mancha el tapete de la mesa. Hay que pensar en que si no sale la mancha tenemos que comprar otro. Y no es la superstición, sino las pesetas las que nos ponen triste.

—Oye, Chonón, ¿has puesto la escoba boca abajo?

—¡Yo! ¿Para qué?

—Es que dicen los supersticiosos que cuando se pone la escoba al revés se van los que están de visita. Y ya ves, sin tocar la escoba, yo me marchó, porque es tarde.

—Tratándose de ti, amigo buho, no pondría nunca boca abajo la escoba, ni aun sabiendo que era cierta la eficacia de esta virtud supersticiosa. Al contrario, ponerla siempre en su posición normal para que no te marchases nunca. Tus charlas debieran ser interminables.

—Gracias, querido Chonón; pero es tarde y hay que terminarla. Hasta otro día.

—Hasta otro día.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un can.

JOAQUÍN S. COVISA.



Don Turu.  
LUIS SÁNCHEZ.



La iglesia de mi pueblo.  
ELVIRA SERRANO



Mis amigos.  
MANUEL FIGUEROA.



Mis hermanos y yo.

FRANCISCO REQUENA.



Papelina.  
ELVIRA SERRANO.



Pinocho, torreador.  
ANTONIO GALVEZ.



Mi amiga Pirula.  
ANITA SERRANO.



Escena callejera.  
ANDRESITO R. DE LA ROSA.



En el país de los sueños.

B. DE BUSTOS.



Una cebra.

FERNANDITO ESTEVE.



Bombita.  
P. CHAVARRI.



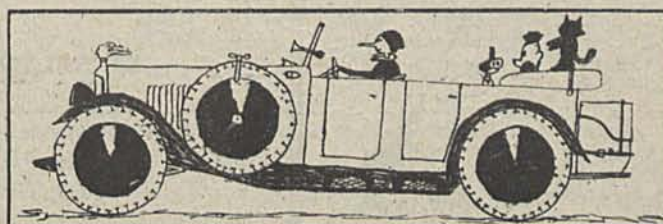
Negríta comiendo plátanos.  
LUIS FERNÁNDEZ.



Mi primo.  
LUIS F. DE BETO-RO.



Mi muchacha.  
R. M. V.



El automóvil de Pinocho.

MANUEL LUNA.



El gran sabio.  
CARMEN SANZ.



Conejita.  
G. VÁZQUEZ.

## La caridad recómpensada.

Cerca de un pueblo había una casita en la que vivían dos hermanitos huérfanos, los cuales iban cada semana al pueblo, en el que tenían un pariente que por caridad les daba algunas provisiones.

Así pasaban su vida, hasta que un día les pasó lo que voy a contaros:

Iban por el camino que llevaba a su casa, volviendo del pueblo en que se encontraba su tío, cuando se les presentó un hombre pobremente vestido que les pidió limosna.

Los niños, que eran caritativos, le dieron un pedazo de pan del que traían. El mendigo se lo agradeció y se lo comió con buen apetito, pues hacía cuatro días que no había comido, según él había dicho.

Cuando hubo acabado de comer se transformó en un ser hermosísimo, majestuoso y muy brillante, que les dijo:

—Yo soy el mago Fin-he-ton, encargado de recompensar los actos de caridad que se hagan en la tierra, y queriendo probaros me he disfrazado de mendigo. Vosotros me habéis dado limosna, y yo quiero recompensaros. Os doy esta ollita —añadió el mago—, y siempre que tiréis una piedrecita dentro y digáis: «Ollita, da de comer a dos huérfanitos», os servirá una excelente comida.

Dicho esto y dadas las gracias por los niños, el mago desapareció y los niños continuaron el camino de su casa.

En ella vivieron felices con la ollita que el mago les había dado, haciendo mucha caridad a los pobres que acertaban a pasar por su casa.

Hasta que un día vino un mendigo por la noche, un día que llovía mucho, pidiéndoles por caridad que le diesen albergue y cena, lo cual le ofrecieron los niños con mucho gusto.

Después de cenar se fueron todos a dormir, y como los niños tenían mucho sueño, no se despertaron hasta muy tarde, y en lugar de encontrar al forastero, que se había marchado, en la cama de éste encontraron un papelito que decía: «Yo soy el mago Fin-he-ton, que he querido ver por mí mismo el buen uso que hacéis de mi regalo. Veo que lo he puesto en buenas manos. Os deseo completa felicidad en esta tierra y en el cielo.»

SANTIAGO PERNAU.  
Doce años.



Una gran venta en la Sierra.

EMILIA DE LA LLAVE.



Josefina Baker.

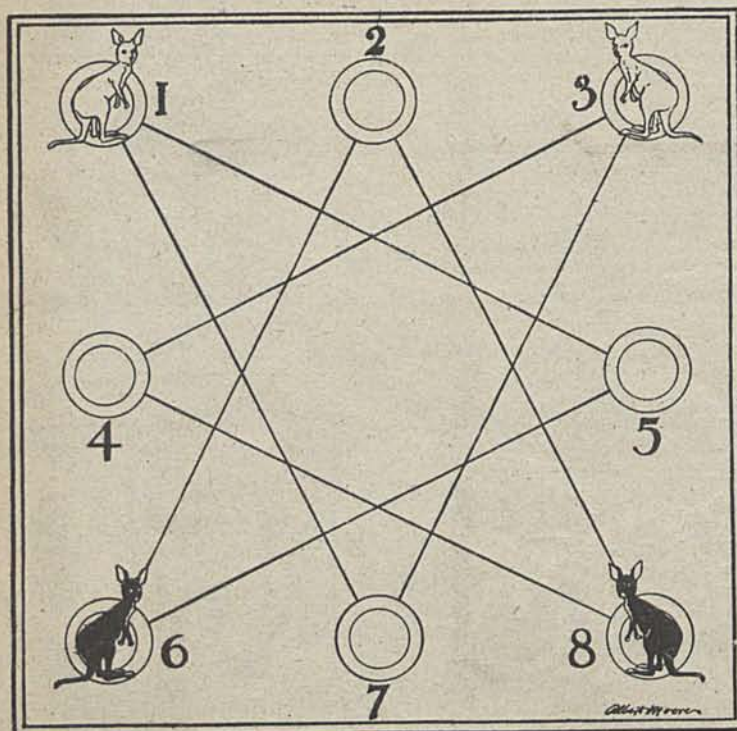
LOLARE RENÉE.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## DE VACACIONES



Fué en un verano cuando salieron de paseo un día siete niños. Estaban de vacaciones, y sus papás los dejaron ir a divertirse al bosque, con la condición de que no se subieran a los árboles, dejaran en paz a los pajaritos y no se bañaran. Los siete prometieron obedecer; pero cuando llegaron al bosque se olvidaron de sus promesas tan pronto como vieron un arroyuelo. Verlo y empezar a desnudarse todos a un tiempo, fué cosa de un minuto. Pero ahora viene lo gracioso, mejor dicho, lo trágico... para ellos. Cuando más distraídos estaban dentro del agua, pasó por allí un hombre y se llevó los vestidos de todos, dejándose olvidados, en su apresuramiento, un sombrero, unos pantalones y una bota. ¡Los pobres niños bien cara pagaron su desobediencia! Ahora los tenemos escondidos entre las hierbas y el ramaje, con un miedo atroz de volver a casa. ¿Dónde se hallan?

### EL SALTO DEL CANGURO

Este juego consiste en hacer que el canguro que hay en el cuadro 1 vaya a parar al cuadro 8; el del número 3, al cuadro 6; el del número 6, al 3, y el del 8, al 1. El canguro no podrá saltar nada mas que a un redondel vacío. El cambio se hace mediante dieciséis movimientos.



# VIDA PINOCHISTA



Tomas Núñez.



Antonio Velázquez.



Corito Solano.



Faustino Fernández.



Víctor Navarro.



## CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suma cincuenta céntimos en sellos.

**Antonio Gálvez de la Hermosa.**—No encuentro ni una sola falta a tu dibujo. Al contrario, me parece de perlas finísimas. Excuso decirte que se publicará en cuanto le llegue su vez. Abrazos muy apretados.

**Cándido Pardo y Antonio Cantalapiedra.**—Podéis enviar cuantos trabajos gustéis, siempre, claro está, que vengan acompañados de su correspondiente cupón y estén hechos con tinta. No olvidarse de esto último para que no os pase lo que a otros pinochistas. Vuestro siempre amigo.

**Neny.**—«Luz y alegría» es una acertadísima interpretación de una de las muchas agudezas que te sugerirá tu ingenio. Tin y Ton, con la malísima intención que les distingue, han dado un fuerte soplo para ver si apagaban la vela que tan magistralmente has dibujado; pero, ¡que si quieres!, el cabo de vela sigue lanzando sus destellos en su pimpante palmaria, y las dos cabezitas rien, rien... Tuyo.

**Manolito del Amo.**—El cupón del concurso de Pasatiempos sólo sirve para enviar las soluciones correspondientes al concurso del mes que va indicado en el propio cupón. Es decir, que un cupón de soluciones de enero, por ejemplo, no sirve para enviar las soluciones de otro mes que no sea enero. ¿Me comprendes? Esta exigencia está determinada por la simplificación que necesariamente hay que imponer al trabajo de clasificación de soluciones, porque son tantas las que se reciben, que si no fuese por la guía que dan los cupones, no habría posibilidad humana de clasificarlas todas. Muchos abrazos de tu incondicional.

**Nicolás Menéndez.**—A todos, a todos nos ha hecho muchísima gracia el chiste que has puesto a tu soberbio dibujo. Morronguis ha salido disparado por la chimenea, camino del tejado, para ir a contar tu graciosísima ocurrencia a todas sus amistades, y como le gusta darse importancia, les dirá que el chiste es suyo, y excuso decirte lo mal que va a quedar cuando sus amigos lo

vean en las columnas de mi revista con tu firma. ¡Le van a dar para el pelo! Y le estará, pero que muy bien empleado. Apretadísimos abrazos de tu gran amigo.

**Gonzalo de José.**—No salgo del asombro que me ha causado tu incommensurable potro salvaje. No te puedo hacer elogios de él, porque todos serían muy débiles en relación con los que tu magistral obra merece. Muy requetebién, querido Gonzalo. Ira a mi revista en cuanto le toque su turno. Tuyo siempre.

**Emilio Meneses.**—Ahí es nada la alegría que me ha dado ver el retrato de mi infortunado caballo. El pobre está hablando. ¡Lo recuerdo con tanta alegría y con tanta tristeza a la vez! Baste decirte que después de cien batallas libradas por mí en otras tantas aventuras sin par, cayó en manos de ese malvado y perversísimo Chapete, y, ¡zas!, no pudiendo vengar sus derrotas de otro modo, sació su crueldad en el pobre caballo de cartón y lo mató. Por eso, cuando he visto tu admirable dibujo, me he conmovido. Te envío un abrazo cordialísimo.

**José Suárez.**—Tu paisaje es realmente un trozo arrancado de la Naturaleza y fijado en un papel. Por esto es acertadísimo el título de «Paisaje natural» con que has bautizado tu maravillosa obra. Ira a mi revista, desde luego. Siempre tuyo.

*Pinocha*





# Sección Pirula



## CHARLAS DE PIRULA... MO- DISTA

*Fina, Pepita y el día de San José.*—Fina y Pepita son dos amigas inseparables; van al mismo colegio y al salir de clase van juntas al mismo paseo; se cuentan todos sus se-

cretitos, reparten sus meriendas y se prestan todos sus juguetes y sus libros de cuentos.

El jueves último, como no había clase por la tarde, se encontraron en el paseo; una llegó por un lado y la otra por el otro. Por cierto que estaban, como siempre, monísimas y admirablemente vestidas, según podéis comprobar por los adjuntos dibujos.

Fina llevaba un vestido de terciopelo de lana azul marino adornado con trencillas blancas en el canesú y un jaretón blanco en el borde inferior; una boina de terciopelo azul completaba graciosamente el conjunto.

Pepita lucía un modelito de paño verde con dos aplicaciones de flores multicolores en relieve. Tan original como el traje era el fieltrecito de forma tricornio que lo acompañaba.

Al verse de lejos, corrieron una hacia la otra con los brazos abiertos. Fina exclamaba:

—Oye, Pepita; ¿sabes que el lunes que viene es mi santo y...?

—Y el mío también —terminó Fina.

Añadió:

—Y figúrate, Pepita, que con este motivo doy una fiesta...

—Y yo otra —interrumpió Pepita—. De modo que vendrás a mi casa...

—No; vendrás tú a la mía —concluyó Fina.

En este punto de su diálogo se miraron desconcertadas y quedaron silenciosas un instante, mientras que la «miss» de Fina y la «fraulein» de Pepita cambiaban su saludo habitual.

Y había para desconcertarse. Por la primera vez, pues su conocimiento databa de once meses atrás, se daban cuenta de que, llamándose ambas Josefina, el santo de las dos caía el mismo día 19 de marzo.

¿Cuál de las dos iba a felicitar a la otra? ¿Cuál de las dos recibiría a la otra en su casa? ¿Cuál de las dos llevaría a la otra un regalo? ¿Cuál de las dos obsequiaría a la otra con una merienda?

Fina rompió la primera el embarazoso silencio.

—Comprende, Pepinita—mur-



muró— que yo tengo que quedarme en casa el día de mi santo para recibirlos a todas mis amigas...

—Hazte cargo, Finita —contestó Pepita—, que no voy a ausentarme de mi casa el día en que todas mis amigas habéis de venir a felicitarme.

Tampoco es cosa de que tú, que eres mi mejor amiga, dejes de venir a verme ese día...

—Ni de que en mi fiesta falte mi mejor amiga, que eres tú.

¿Les quedaba el recurso de renunciar a felicitarse mutuamente y

de recibir cada cual a sus otras amigas? Tampoco, puesto que, naturalmente, las amigas de la una eran las mismas amigas de la otra.

Entonces empezó a plantearse la cuestión de un posible sacrificio, y el asunto, ¡ay!, llevó trazas de agriarse. Después de cambiar las frases anteriores, tan cariñosas, Pepita y Fina cambiaron otras... menos cariñosas.

—No sé por qué vas a ser tú, y no yo, la que dé la fiesta...

—No veo la razón de que sea yo, y no tú la que salga...

Decididamente, el conflicto era terrible. ¿Acabaría con la entrañable amistad de las dos inseparables?

No me hubiera atrevido a jurar lo contrario, cuando la Providencia encaminó hacia aquellos parajes al ángel de la paz, encarnado en la personita de Irene, otra simpática Pirulinda que llegaba con grandes ánimos de jugar al escondite.

Al ver a Pepita y Fina, que se consideraban como dos gallos de combate, coloradas, retadoras, con



los puñitos apretados y lagrimillas de rabia en los ojos, Irene se quedó como quien ve visiones.

—¿Pero es posible? Pepita y Fina, las dos inseparables, ¿os peleáis?

Pronto quedó Irene puesta en antecedentes del conflicto, y después de pasado un rato, exclamó:

—¡Ya tengo la solución! Es muy sencilla. El día de San José cae este año en lunes, ¿verdad?

—En lunes, sí —aprobaron a una Pepita y Fina.

—Pues bien; una de vosotras celebra su santo y da la fiesta el mismo día de San San José, y la otra lo celebra la víspera, o sea el domingo..., y salimos ganando las demás, que tenemos dos fiestas en lugar de una adonde acudir.

¡Sí que estaba bien imaginado! Fina y Pepita aprobaron con entusiasmo y, reconciliadas con un abrazo, sacaron a suertes cuál daría la fiesta el domingo y cuál el lunes.

Luego, en compañía de la salomónica Irene...

(Esto de salomónica lo digo por lo de aquel rey Salomón que siempre solucionaba los asuntos de una manera admirable..., casi tan admirable como la propia Irene.)

...Se dedicaron a planear los detalles de las dos fiestas.

Quizá no sea la parte menos grata de estas fiestas el estreno por las dos damiselas homenajeadas de sendos vestidos de ceremonia, a cual más lindo, como veis por los figurines que os presento.

El de Fina, que es rubia, es de crespón *georgette* rosa pálido, adornado con pequeñas *râches* azules, de un efecto delicadamente *rococo*.

El de Pepita, que es morena, es de crespón de China amarillo, enteramente plisado, con flores de varios matices oscuros de tela recortada, aplicadas en el canesú y en los bolsillos.

Y para terminar esta charla, deseo muchas, muchas felicidades a Pepita, a Fina y a todas mis queridas Pirulindas que celebren su santo mañana, día de San José.

